



VNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Concesión de la medalla de la
Universitat de València a Manuel Costa
Talens

Discurso de aceptación

Valencia, 18 de mayo de 2000

PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL DR. MANUEL COSTA TALENS

Magnífico y Excmo. Sr. Rector
Magnífico. y Excmo. Sr. Rector de la Universidad de Córdoba
Excma. Sra. Secretaria General
limo.Sr. Director General de Universidades
Ilustres autoridades y miembros de la Junta de Gobierno y Consejo Social
Profesores y Doctores de la Universitat de València
Compañeros y amigos de otras universidades
Señoras y señores:

En momentos como este nos asaltan emociones que creíamos olvidadas, o al menos adormecidas. Se querrían decir muchas cosas, pero lo que acabamos diciendo poco se parece a lo que previamente habíamos pensado. Pero si de algo estoy seguro hoy es de querer expresar mi emocionado agradecimiento a la Universitat de València, que representada en el Rector y en su Junta de Gobierno, me ha concedido su más alta distinción como reconocimiento a una trayectoria universitaria, que en mi opinión abarca distintos aspectos: docencia, investigación y gestión. Una trayectoria que he tratado de llevar con dignidad y sobre todo con honestidad y que culmina con la restauración del Jardí Botànic y la puesta en marcha en el de un centro de investigación botánica. Pero mi gratitud va mucho más allá porque a la Universidad tengo que agradecerle el que me haya permitido ser feliz en ella, dándome todas las facilidades para poder llevar a cabo las diferentes tareas que he desempeñado.

Quiero agradecer también al Prof. López Piñero, con el que me une una fraternal amistad, su discurso laudatorio, y aunque haya excluido cualquier expresión de afecto personal, sus palabras me honran y me enorgullecen, más aun por estar hechas bajo el escrupuloso análisis de un historiador de la ciencia, que se revela además como experto conocedor del mundo de la botánica, de cuyo magisterio en la historia de esta rama del saber me considero su discípulo. Gracias también a los amigos que hoy desde diferentes universidades han querido acompañarme en este acto, y conocedor del sacrificio que ello representa, vaya mi especial gratitud a los que han llegado de Portugal, Francia, Italia, Alemania y Venezuela.

Nuestra trayectoria vital, y por lo tanto profesional, no es más que el resultado de circunstancias y hechos, muchas veces no planificados, en los cuales se encuentran implicadas personas que con su relación contribuyen a forjar nuestro carácter y, por tanto nuestras actitudes vitales, y de manera consciente o inconsciente, nos empujan a elegir un determinado camino, que en mi caso fue el de la carrera universitaria. Por ello en este momento acuden a mi mente y a mi recuerdo circunstancias y algunas de las personas que me pusieron en la dirección adecuada, para que tras un largo caminar de más de treinta años hayamos podido llegar aquí y ahora.

Permítaseme una ligera reflexión sobre mis orígenes, sobre mis circunstancias y sobre algunas de las personas a las que debo lo que soy. Procedo de una familia de larga tradición médica, originaria de Sollana y afincada en Carcaixent desde hace varias

generaciones, gente liberal, abierta y honesta de la cual aprendí muchas cosas. Quiero recordar aquí de manera muy especial a mi padre. Él se hizo farmacéutico, rompiendo la tradición médica iniciada por su bisabuelo y continuada por su abuelo, su padre y sus hermanos Pedro, Aurelio, Alfredo y Salvador, mi hermano Pedro volvería a retomar la tradición médica familiar años más tarde. Como farmacéutico culto, mi padre acogió en su farmacia reuniones y tertulias en las que él participaba mientras elaboraba píldoras, pomadas o dosificaba con precisión los componentes de los sellos, cuyas cubiertas de oblea tanto nos gustaban cuando niños. Crecimos, mis hermanos y yo en ambiente de tertulia de rebotica. Sin duda aquella infancia pasada entre libros, botes de farmacia, olores indescritibles y conversaciones cultas marcaría nuestras vidas. Pero de mi padre aprendí, sin apenas darme cuenta y sin imposiciones por su parte, cosas tan importantes como el amor al trabajo, la honestidad como actitud vital y el sentido de la libertad cuando no la había y él probablemente no la disfrutaba. En momentos en los que yo andaba lleno de dudas, con un futuro no demasiado claro, él trató de comprenderme y de ayudarme orientándome hacia los estudios de Farmacia, pensando en la continuidad de la farmacia familiar que con tanto esfuerzo había creado. Pero las circunstancias y las personas que se cruzaron en mi camino, torcerían completamente mi destino de farmacéutico en un pueblo y me empujarían, como ya he dicho, a la carrera universitaria, lo que sin duda le ocasionó un gran disgusto. Pero mi padre, lejos de poner dificultades a mi elección, me ofreció toda su ayuda para que pudiese seguir el camino que yo había escogido. Su generosidad, demostrada tantas veces, se puso de manifiesto una vez más al anteponer mi vocación a sus ilusiones. Desgraciadamente su prematura muerte en 1979, le impidió disfrutar de mi regreso a Valencia cuando obtuve una plaza de Profesor Agregado en esta Universitat en el año 1978. Vaya mi homenaje y mi recuerdo para él, ya que no puede estar hoy aquí.

En este punto quiero hacer una mención muy especial a mi familia actual. Si mi familia de origen fue importante en el "Leherjahre", la actual lo ha sido en el "Wenderjahre" y en el "Meisterjahre". Carmen y mis hijos Jorge y Manuel, a mi lado han formado un sólido grupo, que no solo me ha ido allanando el camino en estas diferentes etapas, también ha soportado tensiones, malos humores y ausencias, algunas sin duda perdonadas, pero probablemente no olvidadas. Vaya mi gratitud también para ellos.

Mi afición al excursionismo, a la naturaleza y muy especialmente a las plantas, iniciada también por mi padre en aquellas juveniles caminatas por los montes de Aigües Vives, se consolidó de manera definitiva cuando al llegar a Madrid a estudiar Farmacia, escuché las lecciones del Prof. Rivas Goday. El Prof. Rivas me descubrió un mundo maravilloso en el que alrededor de las plantas giraba la biología, la historia, la medicina, la química, la gastronomía, etc., formando un todo fantástico en el que quedaba de manifiesto la importancia de las plantas y de la vegetación en la vida del hombre, desde sus orígenes. Poco después sería el Prof. Rivas-Martínez el último responsable de mi pasión por la botánica y más concretamente por la ciencia de la vegetación. Él ha sido mi maestro, palabra en desuso actualmente en la universidad, pero que a mí me gusta pronunciar como reconocimiento a los que me han enseñado, no solo ciencia sino también talante universitario y actitudes vitales. Con el Prof. Rivas-Martínez he recorrido medio mundo estudiando su vegetación, he subido a las altas cumbres del Pirineo, los Alpes, Las Rocosas y Los Andes y desde las alturas de estas montañas, he contemplado paisajes que me han hecho estremecer de emoción

y al comprenderlos a través de su vegetación los he hecho míos para siempre. Seguimos trabajando juntos, le sigo considerando mi maestro y a él debo lo que sé.

Mi vida ha estado ligada pues a la Universidad y a la investigación botánica.

Como ya ha apuntado el Prof. López Piñero, he tenido la suerte de haber pasado por todos los niveles de la carrera universitaria de la época: iniciada como becario y finalizada como catedrático. He pertenecido, además del CSIC, a tres universidades: Central de Barcelona, Complutense de Madrid y Valencia. Todo ello ha sido tremendamente enriquecedor y muy positivo para mí, máxime cuando parte de esta época coincidió con el apasionante momento de lucha por las libertades y por la estabilidad y mejora de la situación en la universidad y en la sociedad en general. Quizás por ello si la botánica me atrapó como ciencia, la universidad lo hizo como institución. En ella afiancé mis ideas democráticas, porque aprendí el valor de la libertad robada y en ella se forjaron amistades indestructibles cimentadas en la solidaridad y en la generosidad, amistades que han perdurado en el tiempo, por haberse afianzado en momentos llenos de dificultades y privaciones. En este grupo están sobre todo Jesús Izco y a él se incorporarían otros que antes habían sido alumnos entre los que está Eva Barreno, hoy catedrática de esta universidad.

A finales de los 70 se dotó la plaza de Profesor Agregado de la recién creada Facultad de Farmacia de la Universitat de València. La obtuve en el año 1978 y con ello la oportunidad de regresar a mi tierra y afrontar el reto de desarrollar un departamento de botánica en la Facultad de Farmacia. Con ello se recuperaba algo de su historia al dotarse de nuevo una plaza de botánica farmacéutica cuya continuidad en la docencia se había interrumpido desde el siglo XIX al crearse la Facultad de Ciencias, lo que supuso un cambio importante en la docencia y en la formación de los nuevos estudiantes, ya que la botánica desapareció como asignatura independiente, pasando a formar parte, con la mineralogía y la zoología, de la cátedra de Historia Natural. La botánica no recuperaría su identidad hasta 1967 con la creación de la Facultad de Biología. Pero años más tarde, con la creación de la Facultad de Farmacia, caería sobre mí la responsabilidad de enseñar botánica a los farmacéuticos, es decir orientarla a uno de los colectivos profesionales de la salud, introduciendo además conceptos nuevos sobre vegetación, ecología y biogeografía de plantas medicinales, encaminados al conocimiento del medio ambiente, que como problema sanitario debe ser afrontado por estos profesionales. Después de 122 años de interrumpida la enseñanza de la botánica farmacéutica o médica, si exceptuamos el periodo de 1872-1875 en el que funcionó en Valencia la Facultad Libre de Farmacia cuya cátedra llamada, Materia Farmacéutica Vegetal y Reconocimiento y Clasificación de Plantas, ocupó Joaquín Salvador Benedicto, se impartía de nuevo botánica en la Facultad de Farmacia. Con la creación de la nueva cátedra se iniciaba una nueva andadura para la ciencia de las plantas en esta universidad. Al ocuparla me sentí continuador de Esteve, Plaza, Pomar, Senach, Vilanova, Lorente y Pizcueta, cuyos nombres adornan este parainfo para gloria de la Universitat. Así pues, conocedor por mis orígenes de la brillante historia de la botánica en la Universitat de València llegué a ella con unas inmensas ganas de trabajar, con ideas modernas sobre la botánica en farmacia, una rica experiencia y sobre todo una gran ilusión que jamás decayó, aún a pesar del panorama que encontré al llegar a Valencia. La inexistente facultad estaba instalada en lo que inicialmente se había proyectado como comedores universitarios, la situación de la botánica era desoladora y además el Jardín Botánico estaba arruinado.

Desde el principio conté con el apoyo del Prof. Enrique Hernández, Decano entonces y sobre todo de Julio Irazo, que como pudo había sacado adelante la docencia de la botánica en Farmacia. Pero a pesar de las pobres condiciones existentes, había un material humano formidable, deseoso de orientación y ayuda y sobre todo con ganas de trabajar. El traslado a la antigua Facultad de Ciencias fue un alivio, pero la facultad no se consolidaría hasta el definitivo traslado a su sede actual en el Campus de Burjassot donde, bien dotada, encontraríamos un marco de trabajo adecuado para el desarrollo de la docencia y de la investigación. El campus también se había consolidado ya que había dejado de ser aquel espacio incómodo, poco funcional y carente de infraestructuras con el que se encontraron nuestros compañeros de ciencias, cuando se trasladaron unos años antes. Por un lado este traslado, indiscutiblemente positivo, tuvo el inconveniente de alejarnos de la Facultad de Medicina, con ello se rompieron algunos vínculos entre ambas facultades, lo que sin duda ha perjudicado la relación que manteníamos en algunos campos científicos. Personalmente, mi alejamiento físico de la Facultad de Medicina me privó de las tertulias científicas que con el profesor López Piñero mantenía periódicamente en su despacho de la última planta de la facultad. Mis alumnos se vieron privados de una de las prácticas que habíamos introducido en el programa y que mayor éxito tenía: la desarrollada en el museo de la historia de la medicina, donde sé de enriquecían con el conocimiento de esa historia tan brillantemente compartida por médicos y farmacéuticos durante varios siglos.

Los inicios de mi "Meisterjarhe", fueron magníficos y muy creativos.

Comenzaron a realizarse tesis doctorales, se obtuvieron los primeros proyectos de investigación y aquel reducido grupo inicial comenzó a publicar los primeros trabajos sobre flora y vegetación en los que se ponía en evidencia la diversidad y la originalidad del País Valenciano, pero también el maltrato medioambiental que venía sufriendo y que desgraciadamente aún no ha cesado. Poco a poco se consolidó aquel pequeño equipo, donde la mayoría de los jóvenes que lo formaban alcanzarían la estabilidad como profesores titulares, incorporándose a un departamento cada vez más sólido y con mayor prestigio, que con el tiempo se ha ido retroalimentando con gente joven, que formada en nuestras aulas, ha sido cautivada por la ciencia botánica, como años antes lo habíamos sido nosotros.

En este punto me gustaría hacer una reflexión sobre la docencia y los alumnos, sobre todo porqué éstos son la razón de ser de la universidad, aunque muchas veces nos olvidemos de la importancia que tienen en ella. En los últimos años, con la priorización de la investigación sobre la docencia, basada en las ventajas económicas y en el señuelo de una evaluación injusta, se está enmascarando la importancia real de la docencia. Si la universidad tiene una razón de ser, esa es la trasmisión de los conocimientos por parte del profesor que los adquiere con el estudio y la investigación y los trasmite a los alumnos según sus capacidades pedagógicas y docentes. La docencia se hace aún más enriquecedora cuando el profesor vierte su personalidad a través de su manera de enseñar y de sus actitudes intelectuales, con ello se contribuye, además a la formación del alumno, que es uno de los pilares más sólidos de la institución. Ellos representan un estímulo para el profesor interesado y la comunión alumno-profesor es casi más enriquecedora para este último, ya que entre otras cosas, el contacto continuado con la juventud trasmite juventud en las actitudes y en el comportamiento. El buen profesor universitario no envejece anímicamente, se

mantiene joven porqué día a día trata con jóvenes, lo que le permite además una adaptación enriquecedora para la comprensión hacia las actitudes y maneras de las nuevas generaciones, a medida que éstas se suceden. Ello sin duda crea grandes posibilidades de comunicación que conducen a una entrega mutua en las actividades discentes y docentes, además de las investigadoras. Cuando ello se produce, se genera una atracción especial hacia la ciencia que practicamos e impartimos, lo que produce inquietudes que pueden llevar a despertar vocaciones a las que es importante prestar atención, ayudándolas y animándolas en todo lo posible, pues de ellas saldrán sin duda los futuros cultivadores de nuestra ciencia. Si así sucede habremos cumplido una de nuestras obligaciones como profesores universitarios.

Pero la Universidad es más que docencia e investigación. En mi opinión un universitario no puede quedar ajeno a los problemas de la institución. Un universitario debe tomar postura en la política universitaria y en la gestión. Hay quienes prefieren quedarse aislados en sus laboratorios o despachos, encerrados en su investigación, ajenos a todo lo demás. Es una actitud respetable, más cómoda, pero empobrecedora.

El compromiso universitario se adquiere desde la época de estudiante con posturas críticas y progresistas, porque así debe ser la institución, crítica con el entorno y con ella misma y su crítica debe de estar encaminada a mejorarla y ejercerla implica compromiso y participación. La Universidad debe crear actitudes intelectuales, marcos dentro de los cuales se encuadren, con más o menos precisión los hombres y mujeres que la integran. Por todo ello es importante el trabajo en equipo, las individualidades no deben de tener cabida en el marco universitario, ya que la sinergia de lo plural reporta beneficios mutuos, tanto individuales como colectivos. Mi experiencia de trabajo en equipo durante treinta años ha sido extraordinariamente enriquecedora, tanto desde el punto de vista personal como para mis actividades docentes, investigadoras y también en la gestión.

La gestión me ha permitido, no solo conocer la universidad por dentro, sino también conocer a las personas que la forman, tanto en sus órganos de gobierno, como al personal docente y al de administración y servicios. De mis compromisos con la universidad el de director de un centro como el jardín botánico ha sido quizás el más importante, también el más difícil. Ha sido importante porqué en el cargo se unían varios retos: por un lado la recuperación de un patrimonio universitario prácticamente arruinado, por otro dignificar con ello una ciencia, la botánica, que en los últimos años ha sido injustamente maltratada en las diferentes políticas de investigación españolas y finalmente haber convertido un jardín botánico varias veces centenario en un moderno centro de investigación que espero, sin lugar a dudas, que será orgullo de nuestra universidad.

En este punto quiero hacer alguna matización que me parece de justicia. La primera iniciativa para la recuperación del jardín botánico surgió del Rector Joaquín Colomer, el cual ha vivido hace unos días los emocionantes momentos que yo vivo hoy. Pero desgraciadamente ni las circunstancias ni determinadas personas fueron las adecuadas para afrontar tan complicada empresa. No sería hasta 1987 cuando el Rector Lapiedra y su equipo decidieron con entusiasmo afrontar, no sólo la recuperación del jardín botánico, sino su transformación en un centro de investigación, y yo tuve el honor de merecer la confianza del equipo rectoral y de la junta de gobierno

para llevar a cabo tal cometido. Confianza que me fue renovada en sus sucesivos mandatos por el Rector Ruiz Torres y sus respectivos equipos de gobierno.

El proceso de recuperación ha sido largo, trece años, quizás demasiado tiempo en el que los ánimos y las ilusiones llegaron a flaquear en algún momento, que fue superado con rapidez ya que tuve la suerte de estar rodeado de un magnífico grupo de colaboradores que creían firmemente en el trabajo que teníamos entre manos. Este equipo lo forman personal laboral, pas, becarios, estudiantes, licenciados, doctores y profesores. Todos ellos han aportado algo positivo y nunca me han dejado solo, ni en los momentos más duros, que no han sido pocos. Todos nos hemos sentido arropados por la universidad representada por el Rector y su equipo, así como por la Junta de Gobierno. Por ello quiero insistir, una vez más en que esto no ha sido una labor personal, ha sido un trabajo de equipo y con él quiero compartir las emociones de hoy y todos juntos agradecer a la universidad, no solo la medalla que nos otorga, sino la confianza que durante todos estos años ha depositado en nosotros.

Han tenido que pasar más de doscientos años para que la Universitat de València cumpla con uno de sus compromisos más antiguos: la creación de un jardín botánico para la enseñanza y la investigación en el que se abarquen desde los aspectos más clásicos de la ciencia botánica hasta los más actuales de la biología molecular y la fitogeografía y bioclimatología, sin olvidar la educación y la divulgación científica. Con ello se cumple finalmente aquel mandato de 1567 de los jurados de la ciudad de Valencia que el Prof. López Piñero nos ha recordado: *"que tinga compte ab hun ort en el qual se planten les herbes que adaquell parexeran necessaries, donanli loch oportu hon se fasa dit hort e ortola que tinga carrech de cultivar aquell"*, la Universitat de València recoge y pone al día en el Artículo 90 del Cap. VI, Sec. 1ª de sus Estatutos: *"El Jardí Botànic de la Universitat de València és un Centre en que es realitzen funcions d'investigació, docència i difusió cultural en col.laboració amb els Departaments, Centres y Serveis, per llur naturalesa, s'hi troben relacionats"*.

Con la finalización del edificio de investigación la recuperación del Jardí Botànic está cumplida, con ello se cierra una etapa. Ahora se inicia una nueva: que es la puesta en marcha del centro. Esa es una tarea más difícil aún si cabe que la que acabamos de pasar, pero tengo la certeza de que el futuro está asegurado y quien tome las riendas del jardín botánico en esta nueva andadura lo llevará a cotas que permitan que dentro de unos años sea, como se dice ahora, un centro de referencia y de excelencia y con ello que la botánica siga siendo una ciencia, no solo amable, como decía Linneo, sino importante para el mejor conocimiento de nuestro patrimonio, para la conservación de la biodiversidad y por lo tanto para la vida, porque las plantas son los únicos organismos capaces de darnos vida por ellos mismos. Con ello la Universitat cumplirá su compromiso con la conservación y el medioambiente y todos podremos decir que hemos cumplido, *perquè ho hem fet entre tots*. Muchas gracias.